

La teoría de Darwin y la Lingüística. Carta abierta al Dr. Ernst Haeckel, Profesor Extraordinario de Zoología y director del Museo Zoológico en la Universidad de Jena

Darwin's Theory and Linguistics: An Open Letter to Dr Ernst Haeckel, Visiting Professor of Zoology and Director of the Museum of Zoology at the University of Jena

August Schleicher*

No me has dejado paz, querido amigo y colega, sino hasta que hube leído la tan comentada obra de Darwin acerca del surgimiento de las especies en el reino animal y vegetal a través de la selección natural o la prevalencia de las razas más perfeccionadas en la lucha por la existencia, en la segunda edición traducida por Bronn, Stuttgart, 1860. He cumplido tu voluntad y me he esforzado de principio a fin a través del libro, en alguna medida desmañadamente ordenado y pesadamente escrito, en parte traducido a un curioso alemán; la mayoría de sus partes incitaban a una lectura repetida. Te agradezco sobre todo los persistentes esfuerzos que finalmente lograron moverme al estudio de esta obra sin dudas importante. Que el libro me agradaría pareciste presuponerlo desde el comienzo, quizás hayas pensado en primer lugar en mi afición por la botánica y la horticultura. De todas formas, la jardinería ofrece apenas algunas ocasiones de observar por ejemplo la “lucha por la existencia”, que uno procura decidir en favor de las escogidas, una actividad que en la lengua de la vida cotidiana se denomina ‘escardar’: de qué expansión es capaz una planta en particular, cuando encuentra espacio y otras condiciones propicias para ello, es algo que el jardinero experimenta a veces más de lo que le agradaría. Y en lo que hace a la mutabilidad de las especies, la herencia, dicho brevemente, la ‘cría’, a alguien que hace años cabalga su caballito de palo en el perfeccionamiento de una de nuestras flores ornamentales más susceptibles de mutación puede otorgarle alguna experiencia en la observación.

Sin embargo, querido amigo, no estabas completamente en el sendero correcto cuando querías conciliarme con ese notable libro ya mencionado preferentemente a causa de mi pasión por la jardinería. En un grado mayor aún obraron en mí las explicaciones y puntos de vista de Darwin en cuanto las puse en relación con la lingüística.

Así, para los organismos lingüísticos valen pareceres similares a los que expresa Darwin para el común de los seres vivos. Esto es válido en parte de manera casi general, y en parte también me pronuncié casualmente en 1860 –es decir en el mismo año en el cual apareció la traducción alemana de la obra de Darwin¹– sobre la ‘lucha por la existencia’ [*Kampf ums Dasein*], sobre la supresión de formas antiguas, sobre la gran expansión y diferenciación de

* Título original: “Die Darwinsche Theorie und die Sprachwissenschaft. Offenes Sendschreiben an Herrn Dr. Ernst Haeckel, a.o. Professor der Zoologie und Director des zoologischen Museums an der Universität Jena”. Traducción de Juan Antonio Ennis. Publicado originalmente en 1863 por la editorial Hermann Böhlau de Weimar en forma de folleto independiente. Tuvo dos traducciones relativamente prontas, directamente vinculadas con el carácter polémico de la intervención: la primera de ellas en francés, por M. De Pommayrol (París, Franck) en 1868 e incluyendo los dos trabajos, *La théorie de Darwin et la science du langage. De l'importance du langage pour l'histoire naturelle de l'homme*; la segunda en inglés en Londres (J. C. Hotten, 1869), por Alexander V. W. Bickers, *Darwinism Tested by the Science of Language*. Ambas traducciones fueron objeto de sendas reimpresiones en los años ochenta del pasado siglo, la primera en Patrick Tort (ed.). *Evolutionnisme et linguistique*, París, Vrin, 1980; la segunda en E. F. K. Koerner (ed.). 1983. *Linguistics and Evolutionary Theory. Three Essays by August Schleicher, Ernst Haeckel, and Wilhelm Bleek*, Amsterdam y Philadelphia, John Benjamins.

¹ El original inglés había sido publicado en su primera edición en noviembre del año 1859 (página 6 de la traducción). Para mí era desconocido.

clases particulares en el ámbito lingüístico en un modo que, prescindiendo de la expresión, coincide con las posiciones de Darwin de un modo llamativo.² No debe maravillar entonces que las mismas despertaran en mí un vivo interés.

Ahora bien, si es tu deseo saber qué efecto ha suscitado en mí el libro de Darwin, con gusto te lo expondré, y aún más, lo haré ante todo el mundo. Es mi esperanza que la evidencia de que los rasgos principales de la teoría darwiniana encuentran aplicación en la vida de las lenguas, o más aún, si es lícito decirlo así, ya lo hacían de manera inconsciente, no será del todo mal recibida por vos, el celoso defensor de los fundamentos darwinianos. Pienso también que las cosas que quisiera comunicarte tampoco deberían carecer de interés para otros. Al dirigirme en primera instancia a vos dándome el inofensivo gusto de sorprenderte con una carta abierta, hablo en primer lugar a los estudiosos de la naturaleza, de quienes deseo que tengan a bien tomar mayor noticia de las lenguas de lo que lo han hecho hasta ahora. Y de hecho no pienso aquí solamente en la indagación fisiológica de los sonidos, la cual ha hecho tan notables progresos en los últimos tiempos, sino también en la consideración e investigación [*Beachtung und Betrachtung*] de las diferencias lingüísticas como fundamento para la historia natural del *genus homo*. ¿No deberían ser útiles las diferencias lingüísticas como fundamento de un sistema natural de este género único en su clase? ¿No es la historia del desarrollo de la lengua una página principal de la historia del desarrollo del ser humano? Lo que está claro hasta ahora es que sin conocimiento de las relaciones lingüísticas nadie puede adquirir un panorama suficientemente satisfactorio de la naturaleza y esencia del hombre.

Uno de mis más vivos deseos es de hecho que el método de las ciencias naturales encuentre cada vez mayor acogida entre los lingüistas. Quizás sea dado a las líneas que aquí siguen animar a algún que otro lingüista novel a ir a la escuela de botánicos o zoólogos competentes en la asignatura del método. Yo, al menos, sé muy bien lo que debo agradecer al estudio de obras como la *Botánica* de Scheiden, las *Cartas fisiológicas* de Carl Vogt y otras, en el estudio de la esencia y la vida de la lengua. Es en estos libros donde aprendí primeramente qué es la historia evolutiva. Entre los investigadores de las ciencias naturales puede aprenderse a reconocer que para la ciencia solo tiene validez el hecho comprobado a través de la observación estricta y objetiva y la conclusión construida sobre su base; un conocimiento que sería de utilidad para algunos de mis colegas. La sutileza subjetiva, la etimologización desenfrenada, las conjeturas vagas rumbo al infinito, en suma todo aquello mediante lo cual los estudios lingüísticos se ven despojados de su rigor científico y degradados y hasta vueltos risibles en la consideración de las personas juiciosas, quitan las ganas a aquel que ha aprendido a asumir el punto de vista arriba indicado, el de la sobria observación. Solo la observación precisa de los organismos y sus leyes vitales, solo la completa entrega al objeto científico debería constituir el fundamento también de nuestra disciplina; todo ese discurso aún tan rico de espíritu, que desaconseja este fundamento firme, carece por completo de todo valor científico.

Las lenguas son organismos de la naturaleza [*Naturorganismen*] que sin poder ser determinadas por la voluntad del hombre, surgieron, y de acuerdo con determinadas leyes crecieron y se desarrollaron, y a su vez envejecen y se extinguen; también es propia de ellas aquella serie de fenómenos que procuramos comprender bajo el nombre de “vida”. La glótica [*Glottik*], la ciencia de la lengua, es por lo tanto una ciencia natural; su método es en todo y en general el mismo que el de las demás ciencias naturales.³ Así pues, el estudio del libro de Darwin al que me animaste no podía parecerme tampoco algo del todo alejado de mi ámbito.

² *Die deutsche Sprache*, Stuttgart 1860, p. 43 sigs., esp. p. 44 al comienzo.

³ Naturalmente, no se trata aquí de la filología, una ciencia histórica.

Me parece que la obra de Darwin está condicionada por la dirección tomada por el intelecto en nuestros días, hecha excepción de la instancia (p. 484 sigs.) en la que el autor hace a la conocida estrechez de sus paisanos en asuntos de fe la poco consecuente concesión de que a pesar de todo el concepto de la creación podría conciliarse con su enfoque. No tomaremos en consideración en absoluto ese pasaje en lo que sigue; el mismo contiene una contradicción de Darwin consigo mismo, con cuyas exposiciones puede conciliarse solo la representación de un progresivo devenir de los organismos naturales, pero de ninguna manera la de una creación a partir de la nada. Consecuentemente, de la teoría de Darwin resulta la célula simple como el comienzo común a todos los organismos vivientes, a partir de la cual se desarrolló en el transcurso de muy largos períodos de tiempo toda la abundancia de los seres vivos aún presentes y de los ya desaparecidos, tal como aún ahora encontramos esta, la más simple forma de la vida en los organismos que han permanecido en el más ínfimo peldaño de la evolución y también en el primer estadio embrionario de los seres superiores. El libro de Darwin, dije, me pareció estar en perfecto acuerdo con los principios filosóficos que se encuentran hoy en día de manera más o menos clara y expresa según el caso en la mayor parte de los escritores en el ámbito de las ciencias naturales. Quisiera explayarme un poco más en este punto.

La dirección del pensamiento de la modernidad conduce sin lugar a dudas al monismo. El dualismo, se lo tome ahora como oposición entre espíritu y naturaleza, contenido y forma, esencia y manifestación, o como sea que se lo quiera llamar, es para la perspectiva de las ciencias naturales en nuestros días un estadio completamente superado. Para esta no hay materia sin espíritu (sin la necesidad que la determina), pero tampoco hay espíritu sin materia. O más aún, no hay espíritu ni materia en el sentido acostumbrado, sino solo una cosa que es las dos al mismo tiempo.⁴

Un sistema filosófico monístico tal falta aún hoy, no obstante se ve claramente en la historia del desarrollo de la filosofía moderna la pugna por lograrlo. Por lo demás, no debe pasarse por alto que justamente a consecuencia del modo actual de pensar y abordar las cosas, el andar de la actividad científica se ha vuelto muy diferente de lo que era otrora. Mientras antes se aprontaba primero el sistema para luego trabajar el objeto para introducirlo al sistema, ahora se procede a la inversa. Sobre todo, uno se hunde en el más preciso estudio específico del objeto, sin pensar en una construcción sistemática del todo. La carencia de un sistema filosófico acorde con el estado de nuestras agudas y exactas investigaciones específicas se tolera con la mayor templanza, dada la convicción de que un sistema tal no podría ser creado aún de antemano, sino que debería esperarse para intentar producirlo hasta que se disponga quizás de una cantidad de observaciones confiables y conocimientos seguros en todas las esferas del saber humano.

Una consecuencia necesaria de la concepción monística fundamental, que no busca nada detrás de las cosas, sino que considera que la cosa es idéntica a su manifestación, es el significado que la observación tiene hoy para la ciencia, al menos para las ciencias naturales. La observación es el fundamento del saber actual. Fuera de la observación solo se otorga validez a la conclusión resultante de ella por necesidad. Todo constructo a priori, todo pensamiento abstracto vale en el mejor de los casos como juego de ingenio, para la ciencia sin embargo es desecho carente de valor.

Ahora bien, la observación enseña que todos los organismos vivientes que entran en el círculo de la observación suficiente se modifican de acuerdo a leyes determinadas. Estas sus

⁴ Inculpar de materialismo a esta opinión, basada en la observación, es tan errado como querer atribuírsela al espiritualismo.

modificaciones, su vida, son su auténtica esencia; solo las conocemos a través de la suma de estas modificaciones, cuando conocemos su esencia completa. Con otras palabras: si no sabemos cómo algo ha llegado a ser, entonces no lo conocemos. Consecuencia necesaria del fundamento de la observación es el significado que para la ciencia natural de nuestros días ha alcanzado la historia evolutiva y el conocimiento científico de la vida.

La importancia de la historia evolutiva para el conocimiento del organismo individual es reconocida sin discusión. La historia evolutiva encontró acogida primeramente en la zoología y la botánica. Es sabido que Lyell ha representado la vida de nuestro planeta como una serie de modificaciones que discurren de un modo del todo paulatino; la entrada abrupta de nuevas fases vitales tendría tan poco lugar aquí como en la vida de otros organismos naturales. También Lyell se remite sobre todo a la observación. Puesto que la observación del período de todas formas muy breve de la vida de la Tierra en los últimos tiempos solo ofrece el resultado de una modificación paulatina, no tenemos ningún derecho a presuponer para el pasado una forma distinta del discurrir de la vida. He partido de la misma idea en el caso del estudio de la vida de las lenguas, que cae asimismo dentro de la observación inmediata solo en sus períodos para nosotros últimos y más recientes, que son relativamente muy breves. Este tiempo breve de algunos milenios nos enseña con certeza irrefutable que la vida de los organismos lingüísticos discurre sobre todo a través de modificaciones muy paulatinas de acuerdo a leyes definidas, y que no tenemos derecho ni en lo más remoto a presuponer que se haya comportado alguna vez de otra manera.

Ahora bien, Darwin y sus precursores fueron un paso más allá que el resto de los zoólogos y botánicos: no solo los individuos tienen una vida, sino también las especies y géneros; también ellos han devenido paulatinamente, también ellos están sujetos a modificaciones continuadas de acuerdo a determinadas leyes. Como todos los investigadores de la era moderna, también Darwin se apoya en la observación cuando esta también, como lo implica la naturaleza de la cosa, del mismo modo que en el caso de la vida de la Tierra y la de las lenguas, se restringe a un período breve. Puesto que realmente podemos percibir que las especies no son completamente estables, así es que se observa su capacidad de modificación en sí, aunque sea en una medida limitada. Una cuestión en sí aleatoria, la brevedad del lapso de tiempo dentro del cual fueron realizadas observaciones de utilidad, es el motivo por el cual la modificación de las especies en general aparece como algo no significativo. Solo es preciso, en consonancia con los resultados de otras observaciones, aceptar un gran número de milenios para la presencia de seres vivos en nuestro planeta, para encontrar comprensible cómo a través de la mutación progresiva y continua, de manera análoga a los que sucede con aquellos que realmente caen bajo nuestra observación, pudieron surgir las especies y géneros como hoy se encuentran.

Por lo tanto, la teoría de Darwin me parece de hecho solo una consecuencia necesaria de las líneas fundamentales vigentes hoy en día en las ciencias naturales. Se apoya en la observación y es esencialmente una tentativa de historia evolutiva. Lo que Lyell desarrolló para la historia de la vida de la Tierra, lo ha hecho Darwin para la historia de la vida de sus habitantes. La teoría de Darwin no es así una manifestación casual, no es el engendro de una cabeza singular, sino una hija hecha y derecha de nuestro siglo. La teoría de Darwin es una necesidad.

Ahora bien, lo que Darwin demuestra para las especies de los animales y plantas es también válido, al menos en sus rasgos más importantes, para los organismos lingüísticos. Dar cuenta de esto es el verdadero objetivo de estas líneas, al cual nos dedicaremos de aquí en

más, luego de que creemos haber mostrado en general cómo a través de las ciencias de la observación de la modernidad –entre las cuales se cuenta también la lingüística– corre una vía común, determinada por una concepción filosófica fundamental definida.

Tomemos ahora en nuestras manos el libro de Darwin y tratemos de ver qué aspectos de la lingüística presentan alguna analogía con las ideas expuestas por él.

Debe recordarse sobre todo, no obstante, que las relaciones de la especificación en el ámbito de las lenguas son las mismas que en el reino de los seres naturales en sí, pero que las expresiones de las que los investigadores de la lengua se sirven para la denominación de estas relaciones divergen de aquellas de los investigadores de la naturaleza. Ruego tener presente esto constantemente, puesto que todo lo que sigue parte de este conocimiento. Lo que los estudiosos de la naturaleza designarían como género, entre los lingüistas [*Glottikern*] se llama tronco o linaje de lenguas [*Sprachstamm*], también estirpe lingüística [*Sprachsippe*]; géneros de parentesco más estrecho son denominados también como familias lingüísticas de una estirpe o un tronco lingüístico. No obstante, no quiero de ninguna manera callar que en torno a la constatación de los géneros reina entre los lingüistas una divergencia no menor a la que se encuentra entre zoólogos y botánicos; sobre esta circunstancia característica, que se repite en todos los niveles de especificidad, volveré con mayor precisión luego. A las especies de un género las llamamos lenguas de una rama o familia [*Sprachen eines Stammes*]; las subclases de una especie son para nosotros dialectos o hablas de una lengua; a las variedades y variantes corresponden las hablas subordinadas o marginales, y finalmente a los individuos en particular el habla de los hombres que hablan las lenguas. Se sabe que cada individuo de una y la misma especie no es absolutamente igual al otro; exactamente lo mismo puede decirse de los individuos lingüísticos: también el modo de hablar los individuos que hablan una y la misma lengua tiene siempre una coloración más o menos singular.

En lo que en principio concierne a la capacidad que afirma Darwin tienen las especies de mutar en el curso del tiempo –a través de la cual, cuando la misma no se manifiesta en todos los individuos en la misma medida y del mismo modo, de una forma se obtienen muchas (un proceso que naturalmente se repite una y otra vez)–, hace tiempo que se la supone en general para los organismos lingüísticos. Aquellas lenguas que, sirviéndonos de la expresión de los botánicos y zoólogos, podríamos designar como especies de un género, son para nosotros hijas de una lengua de base común, de la cual surgieron por medio del cambio gradual. Hemos trazado incluso, para las estirpes lingüísticas [*Sprachsippen*] que conocemos con exactitud, árboles genealógicos, como lo ha intentado Darwin para las especies animales y vegetales (p. 121). Ya nadie duda de que toda la estirpe de las lenguas indogermánicas [*die ganze Sippe der indogermanischen Sprachen*], indias, iránias (persa, armenio, etc.), griegas, latinas (latín, osco, umbro, todas las lenguas hijas de la primera), celtas, eslavas, germánicas o alemanas, es decir una estirpe que consta de numerosas especies, subespecies y variedades, haya tomado su punto de partida en una forma fundamental única, la de la lengua indogermánica primigenia [*der indogermanischen Ursprache*]; lo mismo vale para las lenguas de la estirpe semítica, a la cual pertenecen, como se sabe, el hebreo, el sirio y el caldeo, el árabe y otros, lo mismo que para cualquier otra lengua o familia de lenguas. Hagamos lugar, como ejemplo, al árbol genealógico de la estirpe lingüística indogermánica, tal como el mismo debe emplazarse de acuerdo a nuestro parecer, como imagen del surgimiento gradual de las mismas;⁵ compáreselo con la imagen presentada por Darwin (p. 121), teniendo en cuenta que Darwin erige un esquema ideal, mientras nosotros trazamos la imagen de la

⁵ Ver el grabado adjunto.

emergencia de una estirpe dada.⁶ Por lo demás, no ha sido en absoluto viable ofrecer una forma exacta de nuestra imagen de la estirpe, ya que los dialectos (variedades) [*Mundarten (Varietäten)*] solo han podido insinuarse aquí y allá, y debimos dejar de lado las bifurcaciones de la rama irania e india.

Lo que nuestra imagen tiene para decir puede expresarse con palabras más o menos del siguiente modo.

En un período más temprano de la vida del género humano hubo una lengua, que podemos deducir con cierta exactitud a partir de las lenguas llamadas indogermánicas que surgieron de ella,⁷ la lengua indogermánica primigenia [*die indogermanische Ursprache*]. Luego de haber sido hablada por una serie de generaciones, mientras aparentemente el pueblo que la hablaba se multiplicaba y expandía, adquirió muy gradualmente en distintas partes de su territorio un carácter diferente, de modo tal que surgieron de ella finalmente dos lenguas. Es posible también que hayan sido más lenguas, de las cuales empero solo dos quedaron con vida y se siguieron desarrollando, lo cual es válido también para todas las particiones posteriores. Cada una de estas dos lenguas estuvo sometida aún en repetidas ocasiones al proceso de diferenciación. Una rama, a la que –de acuerdo a lo que devino luego de ella– llamaremos eslavoteutona, se dividió otra vez mediante diferenciación gradual (a través de la progresión en la inclinación a la divergencia del carácter, como lo llama Darwin) en teutón y eslavolético, de las cuales la primera fue la madre de todas las lenguas teutónicas (germánicas) y sus dialectos, la última la de las eslavas y lituanas (báltico, letón). La otra lengua, que se había desarrollado por medio de la diferenciación a partir de la lengua indogermánica originaria, el ariogrecoitalocéltico –se me disculpará esta denominación de tan largo aliento– se dividió más tarde asimismo en dos lenguas, de las cuales una, la grecoitalocéltica, fuera la madre de las lenguas griega, albanesa y de aquella de la cual luego surgirían el céltico y el itálico y que por tanto denominamos el italoceéltico, la otra empero, la lengua aria,⁸ engendró a las madres cercanamente emparentadas de la familia lingüística índica⁹ y de la irania (persa). Una traducción más extendida de la imagen en palabras resulta aquí superficial.¹⁰

Naturalmente, se pueden bosquejar árboles genealógicos similares para todas las estirpes lingüísticas cuyas relaciones de parentesco se conozcan con suficiente exactitud. Lenguas o dialectos que se encuentran muy próximos entre sí son para nosotros como separaciones más bien recientes de una lengua de base común a ambas; mientras más diversas resultan entre sí las lenguas de una estirpe, tanto más tempranamente ubicamos su desprendimiento de una forma básica común, en tanto ponemos la diferenciación a cuenta de un desarrollo individual más prolongado.

⁶ Una mayor coincidencia con el esquema darwiniano enseña el modelo, considerado igualmente ideal, para el surgimiento de las especies y subespecies lingüísticas a partir de una forma básica, que he bosquejado en la p. 28 de *Deutsche Sprache*.

⁷ En lo que concierne a las formas gramaticales, yo he hecho esa tentativa en mi *Compendium der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen*, Weimar, Böhlau, 1861-1862.

⁸ Tanto los más antiguos hindúes como los más antiguos iranos (persas) se llaman a sí mismos arios, de ahí el nombre de la lengua común de base para el índico y el iranio.

⁹ La lengua de base de la familia lingüística índica nos ha sido conservada, y es la lengua en la cual están compuestos los antiquísimos himnos religiosos de los hindúes, los himnos védicos. A partir de esta lengua se desarrollaron por un lado las lenguas índicas medias, las lenguas prácritas y más allá las lenguas y dialectos modernos de la India (el bengalí, el marathí, el indostánico y lenguas emparentadas), por el otro lado una lengua escrita, que jamás fue lengua del pueblo, el sánscrito, la lengua de la literatura hindú post-védica, por así decirlo el latín de la India, el cual, como el latín escrito de los romanos, ha permanecido hasta el día de hoy como lengua de los letrados.

¹⁰ Para más precisiones ver la p. 71 sigs. de mi *Deutsche Sprache*.

Ahora, querido amigo, y con vos aquellos naturalistas menos versados en cuestiones lingüísticas, no serán reacios a plantear la pregunta, de dónde nos viene una ciencia de este talante. Bosquejar árboles genealógicos similares a los planteados aquí por ejemplo para una estirpe lingüística para tipos animales y vegetales que se conocen con la suficiente precisión, a partir de la premisa de que derivan de formas de base más antiguas y deducir estas formas básicas en sus rasgos principales, es de hecho un comienzo en absoluto impracticable. Está sin embargo la pregunta solamente, si tales formas fundamentales deben presuponerse como si realmente hubieran existido alguna vez. ¿Quién les da a ustedes, estudiosos de la lengua, el derecho, podrías preguntar, de ofrecer como realidades sus lenguas fundamentales y primigenias [*Grundsprachen und Ursprachen*] deducidas de las lenguas existentes, y de tomar sus estirpes lingüísticas por algo más que meras construcciones de la fantasía? ¿Por qué están tan unánimemente seguros de la afirmación de la mutabilidad de las especies, de la división de una forma en varias en el curso del tiempo, mientras nosotros, zoólogos y botánicos, polemizamos no poco en torno a esta cuestión y suficiente gente de la nuestra considera el ser de las especies como algo que ha sido así desde siempre y condena sin más a Darwin, quien piensa acerca de las especies animales y vegetales así como ustedes de las especies lingüísticas?

Respuesta. La observación en relación con el surgimiento de formas nuevas a partir de formas anteriores se puede realizar con mayor facilidad y en patrones de medida aún más grandes en el terreno de la lengua que en el de los organismos vegetales y animales. Excepcionalmente, en este punto los estudiosos de la lengua llevamos la ventaja por sobre los demás estudiosos de la naturaleza. Tenemos realmente la capacidad para demostrar, en muchas lenguas, dialectos, etc., que han surgido unos de otros. Algunas lenguas y familias lingüísticas pueden ser observadas de hecho a través de más de dos milenios, dado que por medio de la escritura se nos ha transmitido la imagen en lo esencial fiel de sus formas más tempranas. Este es el caso, por ejemplo, del latín. Conocemos tanto el latín antiguo como las lenguas románicas probadamente surgidas de él por medio de la diferenciación y de la influencia extranjera –ustedes dirían por medio de la cruz–; conocemos el índico arcaico, conocemos las lenguas devenidas de él en primera instancia y las lenguas hindúes modernas surgidas luego de estas. Así, tenemos una base de observación sólida y segura. Lo que se encuentra en aquellas lenguas que casualmente podemos observar a través de tan extensos períodos, precisamente porque los pueblos que las hablaban han dejado felizmente monumentos escritos desde épocas relativamente tempranas, eso mismo debe ser supuesto también en las otras estirpes lingüísticas que carecen de imágenes análogas de sus formas pasadas. Sabemos entonces directamente a partir de series de observaciones existentes, que las lenguas se modifican mientras viven, y estas largas series de observaciones se las debemos a la escritura.

Si la escritura no hubiera sido aún inventada hasta el día de hoy, los conocedores de la lengua no habrían llegado jamás a la idea de que lenguas como por ejemplo el ruso, el alemán y el francés finalmente provienen de una y la misma lengua. Quizás no se hubiera llegado siquiera a presuponer el origen común de cualquier lengua con otras, aunque fueran las más cercanamente emparentadas, y menos a presumir que la lengua es mudable. Sin escritura, estaríamos mucho peor en ese sentido que los botánicos y los zoólogos, quienes tienen al menos restos de formaciones anteriores a su disposición y cuyos objetos científicos se pueden observar con mayor facilidad que las lenguas. Así, sin embargo, tenemos más material de observación que los demás investigadores de la naturaleza y llegamos por eso con anterioridad a la idea del carácter no originario [*Unursprünglichkeit*] de las especies. Asimismo, las mutaciones en las lenguas se producen en general en lapsos de tiempo más

breves que en el mundo vegetal y en el animal, de modo tal que los zoólogos y los botánicos estarían en una situación tan propicia como la nuestra recién cuando al menos de algunos géneros series enteras de las llamadas formas prehistóricas [*vorweltlicher Formen*] pudieran haber llegado hasta nosotros en ejemplares perfectamente conservados, es decir con pelo y piel, con hoja, savia y fruto. Las circunstancias de las lenguas son entonces provechosas, como ejemplos paradigmáticos del surgimiento de especies a partir de formas de base comunes, para aquellas áreas en las cuales se carece de casos demostrables, al menos en lo inmediatamente accesible. Por lo demás, como se ha dicho, la diferencia entre el mundo de la lengua y el de las plantas y los animales es en cuanto al material observable solo una diferencia de orden cuantitativo, no una específica, puesto que es sabido que la capacidad de mutación es en cierto grado también para animales y vegetales un hecho reconocido.

De lo hasta ahora expuesto acerca de la diferenciación de una forma básica en muchas formas divergentes –poco al comienzo, luego progresivamente distanciándose cada vez más entre sí– se sigue que en el terreno de la lengua no disponemos de diferencias conceptuales firmes y seguras para los diversos niveles de diferenciación, esto es, entre lengua, dialecto, idioma, sub-idioma [*Sprache, Dialekt, Mundart, Untermundart*]. Las diferencias que se designan con estas palabras se han conformado gradualmente y se superponen y entrecruzan; más aún, son de un tenor diverso en cada grupo de lenguas, de acuerdo con su esencia. Así, por ejemplo, las lenguas semíticas tienen entre sí una relación de parentesco esencialmente diversa de la que une a las lenguas indogermánicas; y de la relación de parentesco propia de estos dos linajes se diferencia asimismo sensiblemente la propia de las lenguas fínicas (finés, lapón, magiar, etc.). Así, es comprensible que ningún estudioso de la lengua haya estado aún en condiciones de dar una definición satisfactoria de lengua en oposición a dialecto, etc. Lo que unos llaman lenguas, los otros lo llaman dialectos, y a la inversa. Incluso un terreno tan abundante y rigurosamente estudiado como el de las lenguas indogermánicas nos proporciona pruebas para esta aseveración. De tal modo, algunos estudiosos de la lengua hablan de dialectos eslavos, otros de lenguas eslavas; también las diferentes lenguas que conforman la familia alemana han sido llamadas en ocasiones dialectos. Exactamente lo mismo sucede, empero, con los conceptos correspondientes de especie, subespecie, variedad. Cuando Darwin dice acerca de esto (p. 57): “Indudablemente, no se ha trazado todavía una línea clara de demarcación entre especies y subespecies –o sea las formas que, en opinión de algunos naturalistas, se acercan mucho, aunque no llegan completamente, a la categoría de especies–, ni tampoco entre subespecies y variedades bien caracterizadas, o entre variedades menores y diferencias individuales. Estas diferencias pasan de unas a otras, formando una serie continua, y una serie imprime en la mente la idea de un tránsito real”,¹¹ solo necesitamos intercambiar las denominaciones de especie, subespecie, variedad por las habituales en la lingüística (lengua, dialecto, habla, jerga), y lo dicho por Darwin tiene validez para las diferencias lingüísticas dentro de las estirpes, cuyo surgimiento gradual hemos expuesto recién con un ejemplo.

Ahora bien, ¿qué sucede con el carácter primitivo de los géneros, esto es, qué sucede en el terreno de la lengua con el carácter primitivo de las lenguas maternas que fundan las estirpes? ¿Se repite aquí la misma manifestación que percibimos en las lenguas de una estirpe, provienen estas lenguas a su vez de lenguas de bases comunes y finalmente todas ellas de una lengua primigenia única [*einer einzigen Ursprache*]?

¹¹ Darwin, Charles. *El origen de las especies por medio de la selección natural*, traducción al español de Antonio de Zulueta, Madrid, Calpe, 1921. Citado por la edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 1999. Disponible en Internet: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcd21v0>. [Consultado el 22/7/2015.]

Esta cuestión podría dirimirse con mayor seguridad si ya hubiéramos desentrañado las formas básicas genéricas de una serie mayor de estirpes lingüísticas a partir de su descendencia y de acuerdo a las reglas de la vida de las lenguas. En lo inmediato, la carencia de tales preparados es prácticamente completa. Con todo, algo puede no obstante obtenerse de las observaciones en las lenguas a nuestro alcance para la decisión de esta pregunta.

Por sobre todo, la diversidad de las estirpes de lenguas conocidas con seguridad es tan grande y de tal tenor que ningún observador desprejuiciado podría pensar en un origen común para las mismas. No hay persona que pueda imaginarse, por ejemplo, una lengua de la cual pudieran descender por caso el indogermánico y el chino, el semítico y la lengua de los hotentotes; incluso ni de las formas básicas de familias lingüísticas vecinas y en lo esencial en alguna medida similares, como por ejemplo la lengua de base semítica e indogermánica, puede deducirse una forma lingüística que pueda adjudicarse a ambas como madre. Podemos presuponer entonces que una procedencia material de todas las lenguas de una sola lengua originaria [*Ursprache*] resulta imposible.

Sin embargo, la cuestión se presenta de un modo bien distinto en el caso de la forma lingüística. Todas las lenguas de una organización más elevada, como por ejemplo la lengua madre indogermánica, que hemos podido efectivamente deducir, enseñan en su estructura misma de manera patente que han emergido de formas simples a través del desarrollo gradual. La estructura de todas las lenguas apunta a que su forma más antigua en lo esencial fue la misma que se ha mantenido en algunas lenguas de estructura más sencilla (como por ejemplo en el chino). Brevemente, aquello de lo que todas las lenguas tomaron su punto de partida eran sonidos significativos, simples imágenes sonoras [*Bedeutungslaute, einfache Lautbilder*] para opiniones, figuraciones, conceptos, que podían fungir en toda relación posible, esto es, como cualquier forma gramatical, sin que se dispusiera de una expresión sonora, por así decir, de un órgano para dicha función. En este nivel tan primitivo de la vida lingüística no hay así, diferenciados fonéticamente, ni verbos ni sustantivos, ni conjugación ni declinación, etc. Intentemos hacer visible esto al menos con un ejemplo. La forma más antigua de las palabras que hoy en alemán suenan como *That, gethan, thue, Thäter, thätig* fue en los tiempos del surgimiento de la lengua originaria indogermánica *dha*, ya que este *dha* (que significa *poner, hacer*; antiguo hindú *dha*, báltico antiguo *da*, griego $\theta\epsilon$, lituano y eslavo *de*, gótico *da*, alto alemán *ta*) se ofrece como la raíz común de todas aquellas palabras –lo cual no puede ser más ampliamente demostrado aquí, pero todo investigador en el campo de las lenguas indogermánicas lo ratificará. En un nivel más tardío del indogermánico se agregarían, para dar expresión a determinadas denominaciones, las raíces que otrora fungieran aún como palabras, incluso dos veces se les añadía otra palabra, otra raíz; no obstante, cada uno de estos elementos seguía siendo todavía autónomo. Por ejemplo, para designar la primera persona del presente se decía *dha dha ma*, de lo cual en el recorrido vital posterior de la lengua, por medio de la fusión de los elementos en un todo y por medio de la intervención de la capacidad de mutación de las raíces se produjo *dhadhâmi* (antiguo hindú *dâdhâmi*, báltico antiguo *dadhâmi*, gr. $\tau\acute{\iota}\theta\eta\mu\iota$, alto al. ant. *tôm, tuom* para *têtômi*, alto al. mod. *Thue*). En aquel antiguo *dha* se apoyaban las diversas denominaciones gramaticales, las verbales y nominales con sus modificaciones aún sin separar ni desarrollar, como se puede observar hasta ahora en las lenguas que han permanecido en el nivel del desarrollo más sencillo. Del mismo modo que con estos ejemplos escogidos al azar sucede sin embargo con el resto de las palabras del indogermánico.

A vos y tus colegas puedo hablarles a modo de símil de las raíces como células lingüísticas simples, en las cuales no se encuentran aún órganos especiales para la función de sustantivo, verbo, etc., y en las cuales estas funciones (las designaciones gramaticales) se

encuentran aún tan poco escindidas como en los organismos unicelulares o en la vesícula germinal respiran y digieren seres vivos más elevados.¹²

En todas las lenguas suponemos entonces un origen formal idéntico. Cuando el hombre había encontrado el camino de las interjecciones y las onomatopeyas [*Lautgebärden und Schallnachahmungen*] a los sonidos significativos, estos eran solo sonidos significantes, formas sonoras simples sin designación gramatical alguna. Sin embargo, de acuerdo con el material sonoro del que estuvieran compuestos, y de acuerdo con el significado que expresaran, estos simplísimos comienzos de la lengua resultaban diversos en las distintas personas: de ello da testimonio la diversidad de las lenguas que se han desarrollado a partir de aquellos comienzos. Presuponemos por ese motivo una cantidad innumerable de lenguas originarias, pero para todas estatuímos una y la misma forma.

En correspondencia con esto, es probable que suceda lo mismo con la emergencia de los organismos vegetales y animales; la célula simple es así la forma primigenia [*Urform*] común de las mismas, como la raíz simple lo es de las lenguas. Las formas más simples de la vida animal y vegetal posterior, las células, deben suponerse también surgidas en cantidad en un determinado período de la vida de nuestro cuerpo terrestre, como en el mundo de las lenguas los sonidos significantes simples. Estas formas iniciales de la vida orgánica, que no pueden llamarse aún ni plantas ni animales, se desarrollaron luego en direcciones diversas. Del mismo modo las raíces de las lenguas.

Dado que podemos observar en el tiempo histórico que entre hombres que viven en condiciones esencialmente semejantes las lenguas se modifican en igual medida en boca de los individuos que las hablan, también podemos suponer, en consecuencia, que la lengua, entre personas completamente semejantes, también se formaría de manera similar; puesto que el método arriba desarrollado de deducir de lo conocido lo no conocido no nos permite presumir para el tiempo prehistórico sustraído a la observación inmediata otras leyes de la vida que las que percibimos en los períodos accesibles a nuestra observación.

Bajo otras condiciones se formaron también las lenguas de otro modo, y de hecho todo parece indicar que la diversidad de las lenguas se dio en general en relación directa con la diversidad de las condiciones vitales. La distribución de las lenguas sobre la Tierra debe haber mostrado originalmente una estricta regularidad; las lenguas vecinas entre sí deben haber sido más similares que las lenguas de personas que vivían en distintas partes del mundo. A partir de un punto dado, de acuerdo con la magnitud de la distancia con respecto a este punto, las lenguas deben haberse agrupado en divergencia cada vez más pronunciada frente a la lengua del punto de partida, ya que con la distancia espacial, la diversidad del clima y de las condiciones de vida tiende a crecer. De aquella necesaria distribución regular de las lenguas creemos de todas formas poder percibir algunos rastros incluso ahora. Así, por ejemplo, las lenguas americanas, las lenguas del mundo insular del sur, revelan a través de toda su diversidad un inconfundible tipo común. En las mismas regiones euroasiáticas del mundo, cuyas condiciones lingüísticas fueron tan poderosamente modificadas a través de procesos históricos, no pueden desconocerse los grupos de linajes lingüísticos [*Sprachstämme*] esencialmente similares. El indogermánico, el fínico, el turco-tatárico, el mongol, el manchú, así como el decánico (tamil, etc.) presentan todos, por ejemplo, la estructura de sufijo, esto es, todos los elementos de construcción, todas las expresiones de relación aparecen en el final de la raíz, pero no antes o dentro de la misma (excepciones, como por ejemplo el aumento del verbo indogermánico, son solo aparentes, lo cual no puede ser desarrollado con mayor precisión aquí; acerca del aumento cfr. *Comp. der vgl. Gramm. der indog. Spr.* §292, p. 567). Designemos una raíz cualquiera con R (radix), uno o varios sufijos al azar con s, prefijos con

¹² Cfr. K. Snell, *Die Schöpfung des Menschen*, Leipzig 1863, p. 81 sigs.

p, infijos con I, y así podremos explicarnos más brevemente, en tanto decimos que la forma de la palabra de la totalidad de los linajes lingüísticos mencionados puede representarse con la fórmula morfológica R_s ; para el indogermánico la fórmula sería, con más precisión, R^x_s . Con R^x designamos una raíz cualquiera (capaz de aumentarse, potenciarse), regularmente mudable a los fines de la expresión de relaciones, como por ejemplo *Band, Bund, Bind -e; Flug, Flieg-e, flog; grabe, grub; riss, reisse*; ‘ε-λι-πον, λείπ-ω, λ’ε-λοιπ-α, etc. Otras lenguas presentan más de una forma de palabras, así por ejemplo el semítico conoce las formas R^x , PR^x , R^x_s , pR^x_s , etc. Pero a pesar de esta gran divergencia frente al indogermánico, que se encuentra expresada especialmente en la forma pR^x (en la estructura de prefijo), el semítico coincide no obstante una vez más con su vecino indogermánico en que ambos son las únicas lenguas conocidas a las que se atribuye la forma R^x . A estas notables coincidencias en la estructura de estirpes lingüísticas geográficamente próximas las consideramos efectos tardíos de la época de la vida temprana y más primitiva de la lengua. Las hordas originarias de tales lenguas, cuyo principio constructivo es esencialmente análogo, creemos que debemos pensarlas en mutua vecindad. De modo similar, como las lenguas, las floras y faunas de las distintas partes del mundo manifiestan también un tipo que les es propio y típico de ellas.

En el tiempo histórico vemos así perecer una y otra vez especies y géneros de lenguas, mientras otras se expanden a su costa. Me basta con recordar aquí como ejemplo solamente la expansión de la estirpe indogermánica y la caída de las lenguas americanas. En la prehistoria, cuando las lenguas eran habladas aún por poblaciones relativamente débiles, puede que la extinción de formas lingüísticas se haya dado en un grado mayor. Ahora bien, puesto que las lenguas más complejamente organizadas, como por ejemplo el indogermánico, deben existir ya hace largo tiempo -según resulta de su avanzado desarrollo, de su forma actual ya señalada como senil, y de la mutación en general paulatina de las lenguas-, en consecuencia el periodo vital prehistórico de las lenguas debe haber sido mucho más extenso que aquel comprendido dentro del tiempo histórico. Solo conocemos la lengua a partir del tiempo en que los pueblos que la hablaban se sirvieron de la escritura. Para aquellos procesos de desaparición de organismos lingüísticos y de la perturbación de las condiciones de origen, entonces, debemos presuponer un tiempo quizás de decenas de miles de años.¹³ En este período tan extenso es muy probable que hayan perecido muchas más lenguas que las que actualmente aún sobreviven. Así se explica también la posibilidad de la gran expansión de determinadas estirpes, como por ejemplo la indogermanica, la fínica, la malaya, la sudafricana, entre otras, que luego se diferenciaron abundantemente en un amplio terreno. Un proceso tal es el que supone Darwin también para el mundo vegetal y animal, lo llama la lucha por la existencia. Una multitud de formas orgánicas debió perecer en esta lucha para hacer lugar a unas relativamente pocas privilegiadas. Dice (p. 350 sigs.): “Las especies predominantes, que pertenecen a grupos grandes y predominantes, tienden a dejar muchos descendientes modificados, que forman nuevos grupos y subgrupos. Cuando estos se forman, las especies de los grupos menos vigorosos, debido a su inferioridad, heredada de un antepasado común, tienden a extinguirse a un tiempo, y a no dejar ningún descendiente modificado sobre la superficie de la tierra; pero la extinción completa de un grupo entero de especies ha sido a veces un proceso lento, por la supervivencia de unos pocos descendientes que prolongan su existencia en localidades protegidas y aisladas [entre las lenguas suele ser este el caso en las montañas; recuerdo por ejemplo el caso del vasco en los Pirineos, el resto de una lengua que puede demostrarse más tempranamente ampliamente expandida; algo similar sucede en el Cáucaso y otras regiones de este tipo]. Una vez que un grupo ha desaparecido por completo, jamás reaparece, pues se ha roto el encadenamiento de las generaciones.

¹³ Cfr. *Deutsche Sprache*, p. 41 sigs.

Podemos comprender cómo es que las formas predominantes que se extienden mucho y producen el mayor número de variedades tienden a poblar la tierra de descendientes semejantes, pero modificados, y cómo estos, generalmente, conseguirán suplantarse los grupos que les son inferiores en la lucha por la existencia.”¹⁴

No se necesita cambiar una sola entre estas palabras de Darwin para aplicarlas a las lenguas. Darwin pinta en las líneas citadas de manera totalmente certera los procesos en la lucha de las lenguas por su existencia. En el actual periodo vital de la humanidad son sobre todo las lenguas de raíz indogermánica las vencedoras en la lucha por la vida; se encuentran en una expansión continuada y ya han quitado de en medio a otras, numerosas lenguas. De la cantidad de sus especies y subespecies da testimonio el árbol genealógico de las mismas arriba mencionado.

Con la desaparición masiva de lenguas se extinguieron también algunas formas intermedias, con las migraciones de los pueblos se desplazaron las relaciones originarias entre las lenguas, de modo tal que ahora no es raro que aparezcan lenguas de formas muy diversas como vecinas territoriales, sin que se cuente con eslabones intermedios entre ambas. Así tenemos, sin ir más lejos, al vasco, completamente diverso del indogermánico, inserto en él como una isla lingüística. Esencialmente lo mismo dice Darwin del mundo animal y vegetal (p. 465 sigs.).

Más o menos esto sería, mi querido amigo y colega, lo que me vino a la mente cuando estudiaba a tu venerado Darwin, cuyas teorías pugnás tan celosamente por defender y difundir, gracias a lo cual, como me he enterado, te has ganado hasta la ira de periódicos fanáticos en su fe. Comprensiblemente, solamente podían ser los trazos fundamentales de las concepciones de Darwin los que encontrarán aplicación en las lenguas. El reino de las lenguas es demasiado diverso de aquel de las plantas y los animales como para que la totalidad de los postulados de Darwin con sus aspectos específicos pudiera tener validez para el mismo.

Más indiscutible aún resulta así en el terreno lingüístico, sin embargo, el surgimiento de las especies por medio de la diferenciación progresiva y la conservación de los organismos más desarrollados en la lucha por la existencia. Estos dos puntos principales de la teoría de Darwin comparten con algunos otros saberes importantes la cualidad de acreditarse también en ámbitos que originalmente no habían sido tomados en consideración.¹⁵

¹⁴ Darwin, op. cit., cap. XI.

¹⁵ En la p. 426 Darwin refiere brevemente a las lenguas, en cuyas relaciones de parentesco conjetura, acertadamente, una ratificación de su teoría [el pasaje referido es en la traducción española el siguiente: “Valdría la pena de explicar este modo de considerar esta clasificación tomando el caso de las lenguas. Si poseyésemos una genealogía perfecta de la Humanidad, el árbol genealógico de las razas humanas nos daría la mejor clasificación de las diferentes lenguas que hoy se hablan en todo el mundo, y si hubiesen de incluirse todas las lenguas muertas y todos los dialectos intermedios que lentamente cambian, este ordenamiento sería el único posible. Sin embargo, podría ser que algunas lenguas antiguas se hubiesen alterado muy poco y hubiesen dado origen a un corto número de lenguas vivas, mientras que otras se hubiesen alterado mucho, debido a la difusión, aislamiento y grado de civilización de las diferentes razas codescendientes, y de este modo hubiesen dado origen a muchos nuevos dialectos y lenguas. Los diversos grados de diferencia entre las lenguas de un mismo tronco tendrían que expresarse mediante grupos subordinados a otros grupos; pero la distribución propia, y aun la única posible, sería siempre la genealógica, y ésta sería rigurosamente natural, porque enlazaría todas las lenguas vivas y muertas mediante sus mayores afinidades y daría la filiación y origen de cada lengua.”]